

Beth Reekles

DICIEMBRE
(no es lo mismo)
SIN TI

Por la autora de
Mi primer beso

 Planeta

BETH REEKLES

DICIEMBRE
(NO ES LO MISMO)
SIN TI

Traducción de Santiago del Rey

 Planeta

Título original: *It Won't Be Christmas Without You*

© Beth Reekles, 2019

© por la traducción, Santiago del Rey, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23451-7

Depósito legal: B. 18.134-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Eloise miraba tan fijamente a la cámara que Cara dio unos golpecitos en la pantalla del iPad, preguntándose si se habría cortado la conexión. Pero entonces su hermana gemela parpadeó.

—¿De verdad no vas a venir a casa por Navidad?

Cara torció el gesto. Sabía que Eloise iba a reaccionar de esa manera. Se preparó para un duelo de gritos, para aguantar el berrinche, las lágrimas y las amenazas de *no volveré a hablarte en la vida*. Y se apresuró a poner una gran sonrisa, no sin antes advertir que tenía que retocarse el pintalabios.

—A ver, estrictamente hablando, sí que voy a ir. Sólo que llegaré un poquito... tarde. ¡Tampoco es el fin del mundo!

No entendía por qué para su hermana era tan importante, la verdad.

Eloise frunció los labios, cerró los ojos y ladeó la cabeza. Ésa era su expresión de decepción máxima, y la culminó con una sacudida de la cabeza. «Cuando pone esa cara es clavada a mamá», pensó Cara.

—Ésa no es la cuestión. La Navidad es..., bueno, la Navidad. Las vacaciones. Yo ya tengo montado el árbol desde hace semanas, y tú vas a pasarte la mañana del día de Navidad... en un autobús.

—Es que no abunda el transporte público ese día, ¿sabes? Y es la tarifa más barata que he encontrado —reconoció Cara, sin cuestionarse primero si debía contar esa parte a su hermana.

Como si no se estuviera gastando ya una maldita fortuna viviendo en Londres. Tenía alquilada una habitación en una casa de cinco dormitorios; bueno, de tres, estrictamente hablando... pero ¿quién necesita un comedor o un salón, cuando puede convertirlos en habitaciones y alquilarlas a precios exorbitantes a un montón de graduados desesperados por iniciar su carrera profesional?

Tal como su hermana había previsto, Eloise soltó una risotada llena de sarcasmo, y la pantalla de su móvil osciló hacia el techo un momento para volver a alinearse enseguida con su rostro.

—Ya, claro. Espero que te hayas acordado de apuntarte en la lista negra de Papá Noel, Car, o tendrás que comprarte tú misma el carbón para calentar la casa.

No era la primera vez durante la conversación que Cara resistía la tentación de poner los ojos en blanco de lo harta que estaba. Pero sus mejillas sí se encendieron mientras apretaba los dientes. ¿Y qué si quería ahorrar? (Y por *ahorrar* ella entendía *no quedarse en la ruina.*) ¿Y

qué si quería ir a por todas y demostrar en el trabajo su valía para intentar conseguir un ascenso en Año Nuevo? Dave Steers dejaba su puesto editorial en enero, y ella sabía a ciencia cierta que iban a cubrir la plaza internamente y que estaban buscando a alguien con ideas nuevas. Alguien que quizá fuera ella.

Había trabajado a lo bestia los dieciocho meses y pico que habían transcurrido desde su graduación. Cuando sólo llevaba cuatro meses en esa revista digital de moda, habían aceptado su idea de colaborar con una serie de videoblogueros, y hacía apenas unos meses habían dejado que dirigiera la campaña de una fundación enormemente conocida que trabajaba en la prevención de los problemas de salud mental, una iniciativa que también había propuesto ella con el asesoramiento de Dave Steers.

Steers sabía que aspiraba a ocupar su puesto. Bueno, en realidad, lo sabía toda la empresa. Y si ahora querían que alguien lo reemplazara mientras él estaba fuera durante la semana anterior a Navidad... Bueno, pues ella estaba más que dispuesta a calzarse sus botas, aunque tuviera que ponerse ocho pares de calcetines extra.

Eloise seguía despotricando, y Cara procuraba calmar su temperamento y no decir algo que pudiera lamentar. Su hermana la criticaba por su falta de espíritu navideño (¿se había puesto alguna vez ese año las astas de reno?, ¿o el gorro de Papá Noel por lo menos?), por su adicción al trabajo, por el hecho de que apenas se hu-

bieran visto desde la miniescapada a Ámsterdam que sus padres les habían pagado en octubre como regalo atrasado de cumpleaños, y luego estaba el tema de sus padres, y...

—Eso sin contar que este año no voy a pasar la Navidad con Josh —añadió Eloise con tono apagado, compadeciéndose de sí misma.

Uau. Se había atrevido a hacerlo. Había decidido recurrir al chantaje emocional. Hacerla sentir culpable porque tenía el corazón roto.

Aunque, a juzgar por la infinidad de conversaciones catastróficas de Tinder cuyas capturas de pantalla no paraba de enviarle, Cara habría apostado a que el corazón de su hermana gemela estaba empezando a recuperarse.

—¿En serio? —contestó Cara, arqueando una ceja—. ¿Quieres que juguemos sucio? Muy bien. ¿Qué te parece esto? No tengo dinero para volver a casa. Soy una pobre graduada...

—Ayudante de redacción en una editorial —la corrigió Eloise.

—... y sólo dispongo de una simple estufa para mantener caliente mi habitación de mierda porque el casero se niega a arreglar la calefacción, y todos mis ahorros se han volatilizado...

—Ya te dije que no necesito que me regales nada esta Navidad. Y menos algo de Selfridges.

—No seas idiota, te encantan esos potingues de Bumble and Bumble. Pero ésa no es la cuestión. Tengo que

trabajar. Necesito el ascenso. Hay compañeros que me doblan la edad que matarían por ese puesto, pero tengo la suerte de trabajar en una empresa joven que está dispuesta a darme una oportunidad como ésta. En cualquier otro sitio, tendría que trabajar veinte años para poder optar a algo parecido. Y si eso implica perderme los bocadillos de beicon de papá y abrir los regalos que nos hayan dejado en los calcetines la mañana de Navidad, lo haré encantada.

Eloise la miraba boquiabierta.

—Voy a fingir que no has dicho eso.

Iba a perderse la mañana de Navidad, Cara era consciente de ello, pero no pensaba mostrar ningún signo de debilidad ante su hermana. En cuanto ésta hallara un resquicio en su armadura, conseguiría doblegarla. Eloise no quería entenderlo. Nunca lo había entendido. Para ella todo era muy fácil.

Cara suspiró y volvió a tocar la pantalla para consultar la hora.

—Escucha, El, tengo que dejarte. Esta noche salgo y aún no he empezado a arreglarme.

—¿Otra cita con tu apuesto George? —La cara de Eloise se iluminó por fin, abandonando la expresión enfurruñada ante la perspectiva de un poco de cotilleo—. Ésta será... la quinta, ¿no? ¿Adónde te lleva esta vez? ¿Crees que superará la clase de cocina para parejas a la que te llevó? Ah, no, lo retiro. La segunda cita es mi favorita. Patinaje sobre hielo.

—Lo del patinaje fue un desastre. ¡Se torció la muñeca!

—Y pasasteis la noche juntos en urgencias riéndoos del accidente y conociéndoos mejor. Te confesó que se había decidido por el patinaje porque tú le habías dicho que te encantaba. Pero yo sigo creyendo que, aunque sabía lo mal que lo iba a hacer, lo escogió para tener una excusa para cogerte de la mano.

Cara sonrió de oreja a oreja. Ella había pensado exactamente lo mismo en cuanto vio a George tambaleándose en la pista de hielo, agarrándose a la valla y mirándola suplicante hasta que ella lo sujetó.

—Ponen *Navidades blancas* en una sala de cine pequeña. Primero iremos a cenar; a Pizza Express o algo así, supongo. No me ha hablado de nada especial. Y luego veremos la peli.

Eloise frunció el ceño y volvió a mirarla un poco malhumorada.

—¿Seguro que esa peli no es demasiado alegre y navideña para ti?

—Vale. Gracias. Me voy.

—¡Envíame un mensaje contándome cómo te va!
—gritó Eloise, inclinándose sobre la cámara, como si pudiera atravesarla y hacerse oír aunque su hermana pulsara el botón rojo de colgar.

Cara no pudo evitar reírse ante ese ángulo nada favorecedor de Eloise, que le ofrecía una panorámica de su triple papada y de sus fosas nasales completamente abiertas.

—¡Y usa protección! —añadió.

—¡No nos hemos acostado! —protestó ella, gritando con la misma intensidad.

Luego se sonrojó de golpe: se había olvidado por completo de sus compañeros de piso, y por los pasos que había oído hacía un rato, por lo menos dos de ellos seguían en casa.

—Ah, perdona. Creía que seguías la regla de las cinco citas. Y ésta es la quinta.

Cara vio en la pantalla que el rubor le subía hasta las orejas.

—Eso es sólo una orientación que varía en función de la persona, no una norma tajante. Y él no es de los que presiona. Por ahora nuestra relación es para todos los públicos. Y me parece bien así.

Eloise hizo caso omiso del rubor de su hermana y empezó a canturrear:

—«*Lo amas, quieres besarlo, deseas...*»

—Luego te escribo.

En Navidad, Londres es bonito a su manera. No hay colinas onduladas que puedan cubrirse de nieve, ni calles flanqueadas de árboles cuyas ramas se inclinen bajo el peso de la escarcha. Y el metro... uf, el metro se convierte en la peor de tus pesadillas. Igual que Oxford Street.

Sin embargo, hay algo inspirador en la actitud fraternal de los transeúntes y los turistas cuando la música

navideña suena en casi todos los auriculares y las entradas de las tiendas.

El año pasado, Cara había acabado mareada con tanto villancico. Eloise había ido a verla un par de días antes de Navidad para volver a casa juntas en tren. Habían pasado una tarde entera de compras hasta las tantas, sacando docenas de fotos y selfis para Instagram en medio de las luces y los escaparates de Oxford Street.

Y aunque la ciudad seguía pareciéndole bonita ese año, le daba la sensación de que había perdido algo de magia.

Quizá fuera porque no iba a ir a casa por Navidad. O porque ella y sus compañeros de piso habían estado demasiado ocupados y aún no habían decorado la casa. O porque ni siquiera había tenido tiempo de ver *Love Actually*.

O quizá Eloise tenía razón y se estaba convirtiendo en la versión femenina de Scrooge, el viejo avaro del *Cuento de Navidad* de Dickens.

Estaba segura de que Scrooge tampoco habría rechazado una copa gratis de prosecco conseguida con un vale navideño de la cadena de restaurantes italianos Prezzo. Sonrió a George mientras brindaban por encima de las pizzas.

(Maldita sea, tenía una sonrisa monísima. Esos hojuelos habrían hecho caer rendida a cualquiera.)

George trabajaba en el Departamento de Finanzas de una gran firma que ella había visto en todas las ferias

de empleo de la universidad. Era dos años mayor que Cara y lo había conocido a través de una de sus compañeras de piso. («Qué anticuada», se había burlado Eloise, quien, acto seguido, le había descrito otra cita desastrosa que había tenido con un tipo al que había conocido por Facebook.)

Llevaban *viéndose* —a falta de un término mejor— un mes. Ambos trabajaban mucho, se entregaban totalmente a su profesión y les encantaba lo que hacían, hasta el punto de que entendían que uno de los dos quisiera aplazar una cita para poder dormir un poco. O para quedarse hasta tarde en la oficina.

Puede que formaran la pareja perfecta.

Cara nunca se había considerado una romántica incurable, pero deseaba que en ese caso fuera distinto. Hasta que apareció George, nunca había conocido a nadie que le hubiera hecho creer en la idea del hombre perfecto.

Bueno, en realidad, estaba el tipo con el que había salido durante tres meses en primavera. Se conocían de la universidad, y ella había visto en redes que trabajaba en Londres. Estuvieron chateando un tiempo hasta que decidieron quedar. Pero él no llevó bien que Cara trabajara tanto, y ésta se lo quitó de encima como si de un resfriado se tratara. No necesitaba esa clase de negatividad en su vida.

Sin embargo, George..., ay, George era un encanto. Había conseguido en internet unos vales de descuento

para la pizza y el vaso gratis de prosecco. Era un cazador de chollos, como ella. Iba perfectamente rasurado, tenía un pelo rubio arrebatador que llevaba siempre impecable, y eso que aún no lo había visto sin su chaqueta Barbour... Era el tipo de chico que le gustaría presentar a sus padres. (En algún momento. Quizá después de la cita número once. Si es que alguna vez tenía un fin de semana libre en el que no estuviera completamente exhausta u ocupada y pudiera escaparse a casa.)

Además, era facilísimo hablar con él. De cualquier cosa. Y era muy gracioso.

Era una pena que fuera a ir a casa por Navidad ese año. Si no, tal vez le habría preguntado si quería visitarla para poder presentárselo a sus padres.

«Frena, idiota», se dijo, distraída con sus ensoñaciones, mientras George le hablaba de la inminente fiesta de Navidad de su oficina y le contaba las anécdotas de la del año anterior. «Sólo has salido con él cinco veces, contando ésta. Los mensajes que os mandáis a diario no cuentan. Y ni siquiera sabes si te considera su novia.»

Eloise le habría dicho que era tan boba como el protagonista de *Elf*, la película del niño que se mete en el saco de Papá Noel por accidente.

Un comentario muy apropiado, sin duda. Aunque su hermana citaba películas navideñas todo el año. Era una fanática de la Navidad. Sería capaz de comerse un *mince pie* incluso en Pascua, y eso que no hay tarta más vinculada a la Navidad inglesa que estos pastelitos rellenos de fruta.

Casi como si pudiera leerle el pensamiento, George dejó de hablar de la borrachera que había pillado su jefe en la fiesta del año anterior y dijo:

—Oye, aún no te lo he preguntado, pero... ¿qué planes tienes para Navidad? ¿Cuándo te vas a ver a tu familia?

Cara no se anduvo por las ramas esa vez, a diferencia de lo que había hecho con Eloise cuando le había mencionado el asunto. Sonrió, soltó una risa alegre y alzó su vaso de prosecco.

—Ah, no me voy. Bueno, al menos hasta el día de Navidad por la tarde. Estaré trabajando hasta Nochebuena.

George ladeó la cabeza.

—¿Es por lo del puesto de Dave?

Ella asintió, agradecida por el hecho de que no cuestionara su espíritu navideño. Por eso le gustaba tanto George. Él sí lo entendía.

—Sí. Debo demostrarles que voy muy en serio si quiero tener alguna posibilidad real.

—Es lógico. Y seguro que el día de Navidad viajarás muy tranquila. Los trenes estarán a tope un par de días antes, que es cuando todo el mundo trata de volver a casa.

Cara abrió unos ojos como platos y gesticuló con el vaso con excesivo entusiasmo. Tanto que estuvo a punto de derramar el vino espumoso por todas partes. George sonrió, entornando los ojos de tal modo que se le marcaron unas arruguitas en las comisuras.

—¡Exacto! ¡Es lo que yo pienso! Y, además, sale mucho más barato... Pero, según Eloise, soy tan tacaña como Scrooge. ¿A que no es cierto?

—¡Claro que no! Yo me quedo en Londres toda la Navidad. Mis amigos estarán aquí en Nochevieja y tengo mucho que hacer: el cierre del año y demás. Mi padre y mi madrastra me dijeron que querían irse de vacaciones, y yo les dije que no se quedaran por mí. Mejor así, ¿no?

Bueno, eso tal vez ya era demasiado.

—¿Les dijiste a tus padres que se fueran de vacaciones en Navidad? ¿No los verás ningún día?

—Vendrán a verme en Año Nuevo. Para entonces tendré unos días libres. Los llevaré a ver algún espectáculo; es algo que siempre les gusta.

George partió por la mitad un trozo de corteza de pizza y se quedó pensando un momento; luego alzó los ojos y la miró a través de sus pestañas rubias.

—Podrías venir con nosotros, si quieres. Bueno, si no te parece demasiado atrevido por mi parte. Yo... —se interrumpió con una risotada y se ruborizó—. Les he hablado de ti. ¿Te parece raro? Ya sé que sólo hemos salido unas cuantas veces...

—No, por Dios, qué va. ¡Yo también les he hablado de ti a mis padres!

Puede que el prosecco la envalentonara, o quizá fuera la emoción de comprobar que él estaba tan interesado en ella como ella lo estaba en él. Notó que George se sentía aliviado al oír su respuesta y sonrió.

Terminaron de cenar y caminaron cogidos de la mano hasta el cine, que quedaba a la vuelta de la esquina. En ese momento, Cara pensó que las luces recobran de pronto parte de la magia que había echado de menos en esas fechas.

No, no estaba comportándose como una mezquina Scrooge. La Navidad en Londres empezaba a pintar bien.